

O PORTO

La fundación Arquia nos pide a los becarios que hemos finalizado la beca la elaboración de un escrito que relate nuestra estancia y considero que es lo mejor que podría pedir de nosotros, porque en mi caso las otras experiencias que ya habían sido escritas fueron determinantes y lograron que me reafirmara en mi decisión; las dudas que tuve se despejaron y pude orientarme con suficiente seguridad entre mis opciones. No obstante, pese a su utilidad, quizá este texto ya no puede cumplir su cometido, ya lo habría hecho yo personalmente antes de terminar mi estancia –espero que de forma apropiada– porque el siguiente becario llegó antes de que yo me fuera. Por este motivo y otros que me reservo, el objetivo de este texto debería ser más bien relatar mi experiencia de un modo tan inexacto e imperfecto como subjetivo.

En un momento perfectamente aleatorio, en medio de la ausencia de preocupaciones propia de esos días al inicio del verano, recibí la sorprendente noticia: se me había concedido la beca Arquia. La incredulidad inicial me llevó a verificar el mensaje porque nunca habría pensado que la propuesta que presenté pudiera haber despertado el interés del jurado, formado en esa ocasión por el arquitecto Souto de Moura. Cuando fui consciente de las repercusiones, exploté en todo tipo de preocupaciones acerca de los plazos, las posibilidades que se me abrían y la importancia de una elección que podría ser muy determinante para mi futuro, como ya lo fueron otras muchas decisiones que quizá en su momento parecieran menos relevantes.

Como supongo que es natural en todos los estudiantes de arquitectura, durante la larga carrera ya me había preguntado a mí mismo a qué estudio conocido o prestigioso iría de tener posibilidad de escoger. Pero esta beca nos brinda esa oportunidad y pude elegir uno de entre los mejores despachos que hay. Todos los estudios involucrados ya los conocí durante mi formación con distintos niveles de intensidad. Algunos fueron mis favoritos durante un tiempo, pero sin duda, el de Álvaro Siza ya era mi opción ideal, consciente de que era casi imposible llegar. Posteriormente he examinado que en aquel tiempo, inmerso en la ensoñación que causa la carrera, no tenía muy claro qué trabajo real se hace cotidianamente. Más allá del hecho abstracto de lograr fotogénicos resultados, nunca me pregunté acerca de cómo sería el día a día. Reconozco que tampoco tenía muy claro en qué ciudad estaba y cómo era, pero tomó una relevancia brutal en el momento de tomar la decisión. Cuando cavilaba entre las diferentes posibilidades y oportunidades que se me presentaban, su ubicación ganó peso frente a mis intereses puramente arquitectónicos, suponiendo que ambos elementos pudieran ser independientes. Al final concluí que ciudad y arquitecto me cuadraban

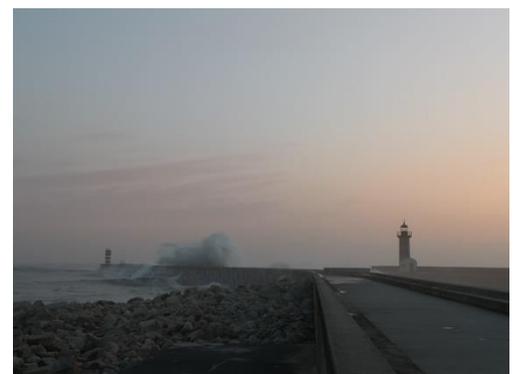


1. Casa del té, Leça da Palmeira

y me reafirmé en la decisión que ya había tomado cuando nadie me había formulado aún la pregunta.

La arquitectura de Siza tenía bastante trascendencia en algunas de las asignaturas más básicas de la Escuela de Alcalá de Henares. En una de ellas, donde afortunadamente se insiste en el dibujo a mano alzada para el análisis de la arquitectura, examinamos durante meses uno de sus edificios no construidos. En menor medida fue relevante la obra de Fernando Távora y de Souto de Moura, que encuentro esencial, pero que sospecho que la falta de tiempo no nos permitió interpretarla correctamente a los estudiantes. En esa aproximación previa uno de los viajes más fructíferos para mí que organizaron los profesores de la Escuela tuvo por destino Lisboa. Esto hacía que el papel de los arquitectos portugueses ocupara una relevancia y una posición cualitativa de las que carece su país pese –o debido– a nuestra cercanía geográfica. Posteriormente la escuela de Oporto o los libros de arquitectura popular me mostraban obras únicas y difíciles de comprender en todas sus repercusiones. Creo que es sustancial interpretar cabalmente esa arquitectura portuguesa sencilla y desnuda que frecuentemente no busca lo que aparenta, o que no interesa tanto por lo que busca conscientemente.

Cuando llegué a Oporto, una de las primeras cosas que hice para conocer la ciudad fue recorrer la ribera del Douro. Es de un paseo más o menos largo por la única porción de suelo llano que hay, conectando el casco histórico con el estudio de Siza y, más adelante, con la desembocadura del río en el océano Atlántico. Este lugar es un escenario en el que la naturaleza representa continuamente atmósferas espectaculares: el agua del río, la bruma, y la luz potente o huidiza hacen que cada momento del día sea distinto; incluso cada día se siente cómo cambian las estaciones. Este recorrido acabó siendo uno de los lugares más significativos para mí de la ciudad, donde finalmente viví y trabajé. Anduve cientos de veces el camino hasta el Atlántico y, pese a todo, he



2. Faro y rompeolas de la desembocadura del Douro, Oporto.

de decir que este lugar, quizá sustitutorio de la ciudad entera, siempre me resultó un espacio ajeno, plastificado, algo que no debería ser así. Quizá el motivo esté en que un castellano entiende que el Duero y el Tago son ríos propios que se los debe tragar la raya del mapa político, y que nunca podrán llegar a verter sus aguas a ningún mar por culpa de la aridez de la tierra.

Preguntándome por los motivos de esta tonta idea, pensé que la muestra de mapas de España, en los que se omite el resto de la península, nos configura un concepto en el que la diferencia entre mapa y territorio causa estragos, tantos que esto no es más que un ejemplo metafórico. Ese mapa mental que todos vemos a diario y que excluye a Portugal, nos debe dar una falsa idea que nos desorienta y nos hace extraña la existencia del país vecino. Evidentemente esa exclusión no sólo es un sencillo concepto geográfico, también se nos omiten sus noticias, su cultura, su historia, su idioma... De algún modo se podría decir que la desembocadura del Duero y Oporto no pueden existir en la concepción de muchos. La reflexión sobre este tipo de prejuicios me ha suscitado a buscar un punto de vista distinto, que me permitiera tener un instrumento de análisis válido. Con él he comprendido que es imposible conocer o estudiar nada de España sin conocer Portugal y viceversa, ¿acaso no son lo mismo?

Siguiendo con esa paranoia crónica, en el viaje a Portugal se produce un fenómeno extraño. A menos que tomemos un avión y hayamos dado un salto de un lugar a otro que rompa aparentemente la continuidad del trayecto, otros medios de transporte demuestran que, efectivamente, estamos en la misma península. Además el paisaje no contribuye a poner los pies sobre el suelo, en algún punto indeterminado, quizá tras algún arroyo seco, el campo castellano punteado de pequeños y abandonados pueblos se transforma, a la vez de forma paulatina y repentina; y más tarde, en otro punto aún menos concreto, quizá tras un largo túnel,

aparece un paisaje atlántico, donde las ciudades se extienden con virulencia, como una mancha de aceite. El contraste entre ambos paisajes y su extraño intermedio abruma tanto como el hecho de que los portugueses, a unas decenas de kilómetros de la desembocadura del Douro, hayan considerado y escrito en sus carteles que el río está en su curso alto, algo que muestra la eficacia de esos mapas recortados. El viaje en coche despierta un debate sobre qué es una frontera y lo disparatado de su existencia, ¿cómo es posible que en unos metros cambie la lengua materna y la hora? Sospecho que esa pregunta se la hará todo el mundo. Si en España las transiciones entre culturas e idiomas son tan razonables, porque las vemos progresivas o al menos coherentes geográficamente, ¿cómo podría ser tan diferente Portugal de sus regiones limítrofes? Durante algún tiempo consideré que, quizá, el problema era la falta de un fragmento que explicara esta parte del mapa. Sin ser nada riguroso, me parece haber encontrado que en los aspectos tradicionales y castizos las conexiones eran más estrechas, y que según pasa el tiempo las diferencias se acentúan, a pesar de la globalización. Además creo que esas diferencias se han tratado de potenciar interesadamente, para buscar un contraste asimilable al que pueda existir entre franceses e ingleses, los que fueron sus respectivos aliados. Descubrí entonces dos o tres nacionalismos empeñados en potenciar artificialmente las diferencias entre sus culturas, y que se sirven de unas reglas tan sutiles como estólicas.

Durante toda mi estancia pude preocuparme por este tipo de cuestiones, que al principio son un entretenido asunto folclórico pero que progresivamente son esenciales para comprender la influencia de la historia, de las ideas abstractas que forjan unos patrones culturales que conforman una arquitectura reiteradamente caracterizada por estar ligada al lugar y la tradición. Posiblemente no exista en todo el mundo un debate de identificación tan delirante como

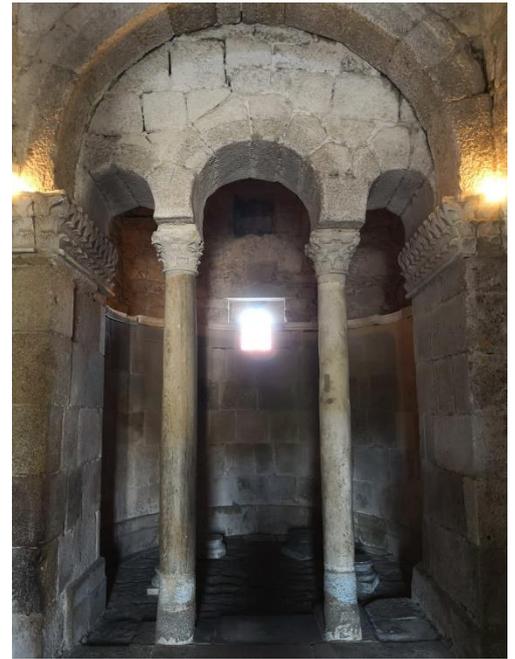


3. Parque da cidade, Oporto.

el de la península ibérica. El *tripeiro* Almeida Garrett criticó, como otros célebres portugueses, que ellos han dejado de ser llamados españoles, un nombre que fue compartido históricamente y dejó de serlo en algún momento para arrogárselo un único lado de la raya. Garrett subrayó el hecho de que dicha condición estuviera restringida a otros, cuando sería algo impensable entre alemanes o italianos, de poder darse el caso. Pensándolo es cierto que el origen de la palabra le da toda la razón, pero actualmente este planteamiento parece absurdo y levanta sospechas imperdonables, algo que contribuye a entender que según pasa el tiempo, estamos acentuando aquellas diferencias entre estos dos países tan complementarios.

Durante mi estancia pude comprobar como desgraciadamente la historia y la arquitectura mal interpretadas habían pasado a ser dos parapetos del nacionalismo empleados para fomentar dicha separación. Uno de los momentos en los que logré ver con mucha intensidad esa idea de pasados desunidos, fue cuando algunos portuenses me contaban totalmente seguros que, a diferencia de lo que ocurría en España, ellos no tuvieron una presencia real del Islam o que al menos la presencia andalusí fue mucho más corta y restringida territorialmente que la romana. Obviamente esto no es así, pero pensemos si no es una idea coherente en su idiosincrasia, ¿alguien conoce algún edificio hispanomusulmán relevante en Portugal?

Sólo allí la herencia andalusí, tan presente como oculta en su arquitectura tradicional a través del azulejo o la carpintería de armar, se puede disimular con aparatosos motivos ornamentales de fingida raigambre clásica con resultado extemporáneo y heterodoxo. Encontré un ejemplo único en la comparación del paraninfo de Coimbra con el de Alcalá de Henares. Omitiendo lo ornamental, viendo únicamente la técnica, ambos son espacios idénticos, cuentan con los mismos elementos, pero el primero trata de ser clásico y el otro trata de ser árabe. Las



4. San Frutuoso de Montelios, Braga.

armaduras portuguesas nunca tienen motivos andalusíes, y las que existieron frecuentemente se eliminaron en las restauraciones y, si han tenido la suerte de ser preservadas, se muestran descontextualizadas en museos. Por su parte, la ornamentación de los azulejos ha sido transformada y sólo puntualmente en algunos estratos ocultos de las ruinas medievales, es posible ver algunos pocos similares a los que conocemos y que, según la leyenda, únicamente penetraron en Portugal por el capricho de un rey que visitó una Sevilla que ya era cristiana. En definitiva, encontré una arquitectura tradicional idéntica, de raíces comunes, pero en la que se cuidaba excesivamente qué apariencia se estaba dando.

Todos estos aspectos operan en la obra de Siza de algún modo, o al menos son esenciales para comprenderla bien. Aquellos viajes que realizó en su juventud creo que le permitieron identificar los elementos más valiosos de la tradición, los que permanecen en cualquier lugar porque son esenciales. No sé si cuando él personalmente me recomendó conocer los testimonios de los viajes que realizó Fernando Távora, de algún modo estaba señalando una vía que le resultó tan fructífera. En su caso es evidente la influencia de una arquitectura popular que, esta sí, era permeable a esas rayas imaginarias del territorio. Quizá en su trabajo sólo ha cambiado el nivel de literalidad con el que vuelve a ellas una y otra vez. Sus viajes habrían sido esenciales como demuestra que aproveche toda entrevista para recordarlo. Por eso he querido exprimir la beca para conocer bien este entorno que siempre estuvo excluido de los tours arquitectónicos.

Cuando llegué a la ciudad, estaba tan ilusionado como preocupado por el desconocimiento del idioma, que pese a su supuesta cercanía me resulta difícil de entender, creo que a causa de la lejanía entre sus fonéticas o una incipiente sordera que a veces tampoco me permite entender el castellano. Cualquiera que llegue a Portugal debería estudiar



5. Estancia de la catedral de Oporto.



6. Vista del río desde la ventana del escritorio de rua Aleixo.

previamente el idioma, ellos dan por hecho que alguien que vaya a trabajar tiene que usar esa lengua, aunque haya más permisividad con el inglés o el francés. En mi caso, durante el tiempo que tuve para estudiar antes de mi llegada, un asunto urgente se superponía a otro y sin darme cuenta se acabó el tiempo para preparar algo consistente que no se esfumara de mi mente. Además contamos con la resentida convención acerca de la incapacidad del español para aprender otros idiomas, que algo tiene de verdad. Conocí a algunas personas que frente a los españoles aparentaban que el esfuerzo por hablar portugués en un nivel bajo era exactamente lo mismo que hablarles en castellano. Tras un tiempo aprendí a manejarme con un campo más o menos limitado que traté de ir ampliando, pero quizá el mayor problema que tuve fue comprender ciertos fonemas, en especial entre los más jóvenes. Curiosamente, en poco tiempo, pasé a comprender mejor a Siza que a otros colaboradores, quizá ese acento tan propio de Oporto es más sencillo para el castellanoparlante.

Sobre la ciudad había recibido toda clase de comentarios positivos de conocidos que ya habían estado allí y que, salvo contadas excepciones, parecía más bien una auténtica veneración religiosa que realmente nunca llegué a sentir. Sospecho que esa adoración era incomprensible porque no era concreta, y no era concreta porque probablemente Oporto actualmente es poco más que la cáscara mórbida propia de un destino turístico. Los *tripeiros* de corazón que no quieren *engolir sapos* han desentrañado con pesar los motivos por los que su ciudad ha acabado siendo ese desproporcionadísimo, y poco comprensible, destino turístico. Algunos reconocen con resignación que esa ciudad ha desaparecido para ellos, o que al menos se ha perdido su carácter auténtico, lo más casto, que se significa sobre todo por una clase de fraternidad vecinal. En contraste, otros portuenses sorprendentemente lo celebran, como si se hubieran librado al fin de una rémora pesada que impedía a la

ciudad avanzar hacia adelante. Esas dos opiniones están separadas por una diferencia generacional y de estrato social. No obstante, es interesante analizar el distinto carácter de esos nostálgicos e integrados frente a la transformación de las ciudades por el turismo, de los fenómenos de terciarización y gentrificación. He visto que los portugueses toman posiciones de forma indolente y asumen lo que les pase sin protestar, sin hacer ruido y sin apenas juzgarlo o tomar partido. Tienen una extrema paciencia patriótica difícil de entender. Por el contrario, en la España convulsa que nunca ha llegado a salir de sus viscerales enfrentamientos, los integrados se jactan de su triunfo frente a los damnificados, tan miserables como indignados. Nosotros percibimos un conformismo incomprensible, ellos entienden que aún no hemos salido de la Guerra Civil, y probablemente ambos tengamos razón y padezcamos ideas y errores complementarios.

Al estudio llegué impresionado solamente con la entidad del lugar que ya había visto en libros, revistas o documentales; tantos como para sentir que ya había estado allí previamente. Antes de entrar tomé un café para hacer algo de tiempo y para darme cuenta de lo malo que es generalmente el café portugués. La parcela del *escritório* está cercada con una pared antigua de granito que da a un vestíbulo semienterrado, solo parcialmente cubierto. Termina unos metros más adelante con unas escaleras que dan lugar a una plataforma sobre la que se levanta el edificio grisáceo donde encuentro uno de los mejores ejercicios escultóricos del arquitecto. Aquí se percibe lo privilegiado del enclave, que al realizarse sobre el río permite una panorámica extensa que recorre desde el monasterio de Gaia, enmarcado por el puente de Arrábida, el barrio de pescadores de Afurada en la ribera contraria y finalmente océano. Tras un pasillo está la recoleta entrada al edificio que protege un largo voladizo. Está bordeado por gigantescas hortensias donde hay un gato hecho del mismo granito que la calzada que consigue que le haga caso todo el que pasa por allí.

Al llegar a la segunda planta Anabela me recibió tan amable como lo haría todos los días, una muestra más de su inquebrantable paciencia con todos. Mis problemas con el idioma, o los nervios del primer día, se manifestaron enseguida. Tras el saludo no comprendí que me estaba preguntando qué lenguas hablaba, fui incapaz de decirlas todas, obviando las que me ayudaron unas semanas más tarde. Casi nada más entrar ya veía tras la puerta entreabierta de la sala de juntas a Siza hablando por teléfono. Ya desde este momento comenzó a sorprenderme la extraordinaria naturalidad con la que se comportaba aquel personaje estelar; fue una sensación que no dejé de sentir en toda mi estancia. Mientras terminaba de atender su llamada me presentaron rápidamente a todo el personal y a los colaboradores y yo trataba de hacer ese esfuerzo tan colosal como



8. Museu Serralves, Oporto.



7. Acceso al escritório.

improductivo de intentar memorizar los nombres y no confundir las caras.

Me quedé esperando en una de las sillas que están en la entrada mientras se me ofrecía todo tipo de ayuda con esa amabilidad tan característica de los portugueses. Una vez Siza terminó su llamada me recibió de inmediato, me estrechó la mano y me invitó a entrar con una sonrisa. La sala de juntas es su despacho a efectos prácticos. Se trata de una habitación que mira a través de una ventana al Douro, con paredes forradas en su totalidad por los planos de los proyectos con los que trabaja o que le gustan, además hay dibujos propios o ajenos y recordatorios de alguna exposición, como una de la suite Vollard que, obviamente, le tenía que apasionar. Casi toda la sala está ocupada por una grandísima mesa rodeada de sillas diseñadas por él; Siza siempre se sienta en el lado cercano a la puerta, aproximadamente en el centro, desde donde maneja mejor sus papeles y atiende a sus interlocutores, sentados frente a él o a su lado. Mientras encendía un nuevo cigarro que sustituyera al que ya se consumió por haberlo olvidado durante la llamada en el cenicero, me hizo algunas preguntas y, en vista de que no había logrado asentarme totalmente en la ciudad, o que había más prisa en resolver otros asuntos que buscarme trabajo, me citó para el día siguiente. Pude aprovechar ese tiempo para poner en orden todos los asuntos que tenía pendientes y conocer un poco más una ciudad que parecía haberse movido hacia atrás en el calendario para evitar el verano. Al día siguiente, de nuevo, mi mala comprensión del idioma me hizo acudir algunas horas antes, pero no importó más allá de la vergüenza y la espera, y pude comenzar con una maqueta para un proyecto que parecía prácticamente iniciado. El estudio no es excesivamente grande, pero se percibe en el ambiente la acumulación del ritmo frenético de trabajo en cientos de proyectos terminados. Hay apiladas cajas de maquetas ya antiguas, algunas descartadas. Queda dispersa por todas partes la documentación de proyectos parados,

y objetos personales de colaboradores que ya se fueron pero que dejaron la puerta abierta para no dar su ida como permanente. Desde el principio me sentí bien recibido y pude conocer de forma agradable a varios colaboradores. Generalmente el trato es distinto con respecto a los países mediterráneos, es amable pero distante, algunos tienen un carácter muy portugués, para lo bueno y para lo malo.

*O arquiteto* llega frecuentemente al *escritório* ya avanzada la mañana pidiendo un café, un vaso de agua y ocasionalmente algo de comer. Se sienta en su sala, fuma y apenas sale de allí. Desde ese momento se suceden inacabables y agotadoras reuniones de todo tipo: colaboradores, clientes, amigos o admiradores, incluso los entusiastas que tienen la suerte de coincidir con él en la calle cuando se mueve a su casa o a una obra. Muchos días es tan grande el trasiego que la puerta permanece cerrada durante toda la jornada y hay proyectos que no se pueden revisar, acumulándose las dudas para otro día. Con frecuencia su amigo Souto de Moura sube del piso inferior, donde está su estudio, y tiene conversaciones con Siza. Gracias a la cercanía de Eduardo pude conocer mejor su trabajo y, al examinar detenidamente su obra más reciente, creo haber encontrado el motivo por el que me concedió esta beca, aunque no me atreví a verificarlo.

En los días más ajetreados llegan importantes personajes del país, clientes relevantes o periodistas con sus cámaras. Ellos son quienes continuamente reavivan el halago constante a quien ha logrado ganarse un papel en la historia de la arquitectura. Durante el tiempo que estuve varias celebraciones conmemoraban el aniversario del Museu de Serralves. Al trabajar en el estudio fuimos invitados a varias inauguraciones auténticamente fastuosas, repletas de personalidades del país, donde el presidente de la República puede llegar a darte palmadas en la espalda. También realizaron ciclos de conferencias de magníficos arquitectos peninsulares o europeos. En todo momento se subrayaba la



9. Inauguración de la exposición sobre Siza Indisciplina en Serralves.

relevancia de su obra, y yo estoy convencido que él es plenamente consciente, pero siempre manifiesta una idea mucho más modesta de su trabajo. Incluso en la inauguración de su exposición se lamentó de no tener más que una o dos obras realmente importantes. Prácticamente nadie puede decir que se vanaglorie de su trayectoria, si acaso sólo oí un secreto que demuestra que es consciente de ella. Las obras que no se construyeron le pesan, y se lamenta de no haber podido hacer más. Su carácter es único entre arquitectos de su relevancia y la pasión por su trabajo le lleva a no parar, ningún día, ni siquiera los días festivos. Es uno de los pocos arquitectos que carecen de esa característica altivez, generalmente inapropiada. Probablemente este sea uno de los aspectos que más he apreciado, porque es lo que me ha permitido tener más posibilidades.

Durante mis primeras semanas estuve involucrado en varios proyectos, trabajando en las maquetas y me sorprendí de poder experimentar el carácter escultórico de su obra. En las revisiones con Siza comprendes qué está buscando y cómo piensa sus hipótesis con el dibujo, las medidas y la construcción. Todas ellas después se validarán definitivamente o se alterarán en varias ocasiones independientemente del trabajo que eso lleve. Continuamente aparecen *esquissos* que escaneamos para no perderlos y que así él puede guardar en sus cuadernos negros. Su interpretación realmente no es sencilla, tanto que a veces los colaboradores reconocen no entender nada. A veces, cuando dibuja y piensa en los proyectos, parece que se desata una suerte de trance y las líneas que rasga en el papel pasan a ser abstractas formalizaciones de un pensamiento que no siempre se traduce geoméricamente. Las anotaciones, cotas, puntos o líneas que se quedan en el papel sirven para explicar al colaborador su idea, él las registra en otro cuaderno y comienza a desarrollar la planimetría y las maquetas, no necesariamente en ese orden.



10. Casa del té, Leça da Palmeira



11. Revisión de un proyecto a través de su maqueta.

Siza comprende que muchos becarios llegan sin experiencia laboral, esto hace que el trabajo sea de dificultad muy razonable y progresiva. Se evita la presión del tiempo, la velocidad la marca el trabajo que hay que realizar, y dice que correr es esclavizar. A la hora de emprender cualquier tarea ya hay un trabajo previo, el arquitecto ya ha pensado como abordarlo y lo va desgranando progresivamente con un orden insospechado. Además genera una atmósfera cómoda porque el proceso está controlado en su totalidad y da todo el apoyo que puede con una visión espacial prodigiosa y una capacidad de resolver problemas asombrosa. Se involucra en las dificultades y con la ayuda de los ingenieros se logra que no haya impedimentos, aquí es prácticamente imposible estar estresado, y día a día se agradece. En ocasiones da por conocido su método de trabajo, obviamente no usa otro, y los becarios a veces no sabemos a qué nos tenemos que atener hasta que no hemos recorrido el camino al menos una vez.

Creo que fui afortunado en la elección del tiempo que escogí para estar trabajando allí. Durante los meses de verano el estudio casi se vacía con la marcha uno a uno de los colaboradores. Los proyectos que llevan se quedan parados, y esto permitía que se dedicara más tiempo a aquellos en los que yo estaba involucrado, y que pudiera tener rápidamente mayores responsabilidades si es que había suficiente trabajo. En este momento estudiábamos varias veces al día el proyecto, pasamos de tener correcciones diarias a horarias. Aprovechaba para explicarme pacientemente y con todo detalle los problemas que veía, sus decisiones, percepciones y posibilidades, y también aprovechaba para lamentarse por el trabajo que lleva cualquier proyecto independientemente de su escala. Sobre todo estos días que sentía que estaba constantemente trabajando con él han sido toda una experiencia, por agotadora que fuera. Agradezco que se preocupara tanto por formar parte del *escritório* como para llegar a hacerme cargo de uno de los proyectos al completo, tan sólo dos meses

después de haber llegado. Creo que sólo gracias a su carácter pude aprovechar el tiempo como no lo hubiera hecho en ningún otro estudio, al menos con mi edad y cargo. Durante la estancia, una conversación con una becaria me hizo ser aún más consciente de esta oportunidad; en un estudio inglés, de relevancia equiparable, los becarios y otros cargos bajos deben firmar un acuerdo que les impide hasta hacer una mueca de saludo al arquitecto si se cruzan con él. Este error fragante que parece endémico de muchos arquitectos es algo totalmente impensable con Siza, que cordialmente te facilitaba conversar con él y resolver cualquier problema.

Para mí ha sido esencial haber podido llevar un proyecto en todas sus fases, porque comprendí cuál era el proceso, y posteriormente me ha permitido combinar esta metodología con las que ya usaba. El trabajo comienza con un encargo que contiene un pequeño programa, un plano topográfico y fotos del lugar. El siguiente paso es la visita, en ella el mismo Siza sorprende a todos los que estamos presentes cuando él mismo anota las medidas e incluso amaga con tomarlas directamente para comenzar a hacer croquis de lo que hay, aunque vaya a ser demolido. Quizás esta sea su peculiar forma de empaparse del lugar, porque trabajar las preexistencias dibujándolas y midiéndolas permite comprenderlas. Es conocido que su método proyectual tiene muy presente el contexto, en las obras de Leça parece importar hasta la última piedra, seguramente entonces la integración era más potente, o al menos más explícita. Entiendo que con el paso del tiempo esto ha ido cambiando, el lugar se interpreta especialmente a efectos más prácticos. Esto podría estar motivado por sus proyectos previos, por los que no se construyeron y que recobran un peso insospechado. Sé que para él la alteración del contexto de algunas de sus obras tiene un efecto devastador, porque hace incomprensible muchas de las ideas los inspiraron, aunque nadie diría que por ello pierdan su valor.



12. Detalle de estereotomía del Banco Borges, Vila do Conde.

En seguida, sin irse del lugar sorprende a los promotores y comienza a discutir con ellos el programa y termina por rehacerlo. Entonces atribuye unas dimensiones mínimas y piensa la forma como una manera de petrificar usos y circulaciones. Rápidamente surge su idea, es algo embrional, desde luego, pero las principales decisiones ya están tomadas. Siza rasga el papel, desarrolla dos o tres hipótesis y resuelve prácticamente el proyecto. Aunque parezcan *rayaduras* incomprensibles, al final del proceso el resultado tiene mucho parecido. La sencillez aparente pronto quedó suspendida por varios motivos, ante la acumulación de los problemas Siza protestaba de forma más o menos irónica porque estos pequeños trabajos le daban demasiados quebraderos de cabeza, aunque reconociera estar interesado por ellos. Sospecho que son precisamente estos encargos los que más le satisfacen, porque puede estar atento fácilmente y tener un mejor control.

Con el paso del tiempo se define absolutamente todo. Me sorprendió la minuciosidad en ciertos detalles y aprendí cosas totalmente nuevas. Algo que parecía anodino se volvía excepcional, trabajar con tal control la estereotomía o la carpintería y su forma de cuadrar las juntas de los materiales era algo que me fascinaba, porque un trabajo tan sencillo y razonable daba coherencia a otra escala del proyecto. Aquí percibí un tipo de manierismo en el modo de afrontar los acabados, las geometrías no siempre buscan las coincidencias en el lugar más obvio, pero el resultado se demuestra como el más razonable, donde todos los elementos por accesorios que parezcan acaban siendo armónicos. Este control es esencial especialmente en los proyectos más pequeños, ya que en los más grandes la volumetría escultórica general le resta presencia y quizá la disuelva por su sutileza.

Pronto terminamos el proyecto y aún me quedaba bastante tiempo allí. Gracias a que el estudio estuvo prácticamente vacío durante los meses de verano

podimos acelerar el proceso, adelantamos fases y se envió al cliente con mucha antelación. Yo me quedé sin apenas trabajo hasta la vuelta a casa así que pude ayudar en varios proyectos de más colaboradores con los que no había trabajado aún y en cierto modo la situación se tornaba algo regresiva, como si estuviera volviendo de nuevo al inicio. En los últimos días que me quedaban iniciamos un nuevo pequeño encargo pero que, dada su inestabilidad, el olfato de Siza le advertía que no merecía la pena dedicar demasiado esfuerzo a algo que podía quedar en nada. Además, aunque fuera más complejo constructivamente y personalmente estuviera interesado en desarrollarlo, por los pocos días que me quedaban en Oporto, esto no podría ocurrir.

El arquitecto tiene un carácter fuertemente pesimista, está frecuentemente agobiado y resignado por varias razones. Aunque me animó pensando que la situación en España sería cómoda y podría lograr hacer un buen trabajo que mereciera el esfuerzo. Considera que en Portugal las cosas van bastante peor, la cantidad de encargos y el esfuerzo inasumible de los concursos complica mucho las cosas. Lamenta profundamente cuando un colaborador está parado y en cuanto a mí, si me veía sin trabajo en esas últimas semanas se disculpaba reiteradamente porque mi estancia podía no estar siendo suficientemente productiva para mí, pero considero que no podía haber sido más provechosa. Seguramente habría sido imposible una situación más favorable en cualquier otro lugar, por eso quiero agradecer la beca a Arquia, a Álvaro Siza y a los trabajadores y otras personas que participaron en mi *estágio*.



13. Interior del escritòrio.



Mi estancia en Oporto logró que recuperara, al menos temporalmente, un aprecio por esta profesión tan dura. Una de las personas que más he valorado en el estudio frecuentemente denunciaba esa pasión disparatada por la arquitectura que nos logran inculcar durante la carrera. El *integrismo*, tal como lo llamaba, le había causado estragos, sacrificios nunca recompensados. Tanto ella como otros colaboradores fueron partícipes de ese *integrismo*, pero con el paso del tiempo comprendieron que lo mejor que podían hacer era alejarse de esta forma de vida tan exigente y relegar la arquitectura al horario de trabajo, buscar entretenimientos que les separen de estar constantemente inmersos en ese mundo tan ingrato. Esta percepción ya la habría experimentado, una vez me enfrenté a la profesión fuera del amparo de la universidad. La enseñanza de las escuelas de arquitectura muestra un espejismo que siendo sinceros es poco consistente ¿Qué resultados tiene?, ¿no es una entelequia? La hipocresía que es una condición *sine qua non* para nuestra integración en la patraña sólo nos conduce a la mediocridad, pero el peso del tiempo ya no nos permite rectificar.

Frecuentemente el choque de la arquitectura con la realidad cotidiana hace que esta profesión sea un incómodo estorbo protegido legalmente en el que sólo creemos nosotros y que juega con nuestras ideologías a la oposición e integración en movimientos de capital inmorales. En nuestra sociedad yerma y líquida lamentablemente la arquitectura no es un arte, no es creativa, más bien es una gestión burocrática miserable y corrupta que sacrifica el paisaje natural y urbano por motivos insostenibles. Por eso, en esta devastación, ámbitos tan restringidos como estos maravillosos estudios de arquitectura permiten disimular la realidad. Allí junto al Douro la creatividad que se respira nos permite prolongar o recuperar una ilusión que debería haber sido sólida desde el principio.

